

SE IMPRIME
Por la Imprenta HISPANO-URUGUAYA
CALLE DEL OLIMAR, 149
SALIENDO LOS DIAS
Martes, Jueves y Sabados
POR LA TARDE

EL CLAMOR PUBLICO

SUSCRICION

Por un año \$ 10.00
Por seis meses " 5.50
Por un mes " 1.00
Número suelto " 0.10
Número atrasado " 0.20

DIRECCIÓN
Y ADMINISTRACIÓN } CALLE DEL OLIMAR, Núm. 149

PERIODICO LIBERAL E INDEPENDIENTE

ADMINISTRADOR---SEBASTIAN B. TORRES

Los remitidos que revistan interés público se publicarán gratuitamente, pagándose a razón de 15 pesos columna los de interés particular, y en ningún caso se devolverán los originales.

No se admitirá escrito alguno que no esté amoldado a los principios del programa y garantido en debida forma. La publicidad de un escrito no autoriza la exigencia gratuita del número.

Club General Rivera

Aviso

Se hace saber a los correligionarios que la Secretaría de este Centro Político se ha instalado en la calle 18 de Julio N.º 1371, donde se encuentra disponible el libro de Registro para los Colorados que deseen afiliarse a este Centro.

Avelino Girona—Secretario.

EL CLAMOR PUBLICO

El soldado de Cuba

En los momentos críticos reaparece nuestro soldado tradicional. ¡Vedlo, si no, abandonar el cuartel, desfilar por las calles, llegar al muelle, embarcar en el trasatlántico, dirigir el saludo de despedida a la patria que le envía a pelear por su honor y por su gloria! ¡Vedlo, alegre y animado, como en aquellos días en que las ganas de garbear y el atrevimiento épico parían aventureros! En trance análogo, el hondero balear, el fiero almogavador de la Reconquista, el peón de Flandes. ¡Pondrían a las desventuras y a los peligros mejor cara y llegarían a desafiarnos con mayor arrogancia y marcialidad!

Si, nuestro soldado es siempre el mismo. Lo que hizo el escudo de cuero ante las regiones romanas y la lanza ante el sarraceno; lo que realizaron la rabietosa tizona y la pica y el arcabuz; cuando llevó a cabo desde el San Bernardo a los Andes, en las brumas del Danubio y en los arenales de Holanda, bajo el cielo espléndido de Nápoles y en las vacilantes ondas del Océano; aquellas infinitas proezas, hijas del amor a lo desconocido, el ímpetu homérico que lo llevó a Oriente, su constancia en Granada, su enérgico tesón en Alemania, su valor en Lepanto... todo ello y mucho más, si la patria lo exige, es capaz de reproducir esa imberbe resaca, que bajo la blusa de rayas dillo sienta el aliento generoso y grande de un corazón esforzado y que, desde que sus manos cogieron el Mauser, dá muestras asombrosas de ánimo resuelto, de valor pronto y fiero, de increíble resistencia a la fatiga, cualidades todas que se engendran, por modo dinámico y sutil, en este suelo nacional, de que es producto fiero y exaltación latente del pueblo español, cuyo espíritu es todo pasión y cuya vida sólo al resorte de la pasión obedece.

Por eso, en breves días conviértense en guerreros entusiasmados que poco antes, allá en sus valles ó en sus montañas, en las aldeas ó en las ciudades, entregábanse a pacíficas ocupaciones pensando tan sólo en darles término dichoso.

El vendimiador riojano que en ruidoso baile campestre aguarda celebrar recolección abundante; el segador castellano que hace saltar las perlas de oro del trigo; el

errante pasiego que lleva en sus cuévanos las esperanzas del futuro; el infatigable colono valenciano que trabaja en un campo siempre verde, esparcido por multitud de casitas de la antigua arabesco regadío, en un paraíso de olivos, naranjos y limoneros; el jornalero andaluz que aspira el azahar a orillas del Guadalquivir ó el pan de trigo que exhala las plantas aromáticas de las canchales de Puerto Real ó el perfume de las huertas de Alora; el batarro aragonés que antona su genial rondalla al pie de aquellas vertientes inmortales que, de extensas llanuras, cruzadas por los últimos relieves de accidentado terreno que defendió con fiereza el culto a la Pilarica; el ásparo y laborioso obrero catalán, mezcla, felizísima de celta y de griego; el membrudo galán gallego, que abandonando el lar con el alba, va a la vega con su yunta de amarillos y lúcidos hueros tirando del carro que ha de volver atestado de gavillas de centeno... todos, a la voz del deber, acuden presurosos a cobijarse bajo las banderas que los reclaman, desprendiéndose en el dintel del triste, aunque resignado hogar, de los brazos amorosos de acogida madre para consagrar los suyos robustos a la defensa de esa otra madre común y no menos sagrada, tumba de nuestros mayores, alma de nuestra alma, objeto de adoración y culto, luz inmortal que a todas partes nos guía y que en todas partes nos inspira.

Así, y no de otro modo, pudieron improvisarse aquellos batallones que desafiaron en los comienzos de la presente centuria, el poder inmenso del conquistador de Europa. Solo sabiendo como saben los españoles resistir el hambre, el cansancio, la sed, el frío horrible, las tempestades tropicales, los mortíferos climas, sólo sabiendo ir vestidos con jirones, devorar raíces secas, beber en charcas pestilenciales, pelear llevando clavados en las escudillas carnes las garras de peligrosas y tenaces calenturas; sólo sabiendo marchar descalzos pero contentos, desnudos pero indomables, ajeno el ánimo varonil a todo temor y a toda esperanza; sólo así—haciéndose superiores a la imprevisión y al olvido—pudieron aquellos reclusos héroes vencer una y otra vez a los hombres invencibles del Rhin, del Escalda, del Adigio y del Nilo a los granaderos de Miguncia, a los melucos de Egipto, a los pontoneros de Génova, a los hisiares que habían sido contemplados por las Pirámides, a los artilleros a quienes había salpicado la bomba de Junot, a los coraceros que traían por aerea la leyenda de Zaydceré; veteranos todos a quienes alumbró el sol de Austerlitz y respetó San Juan de Acre, que en Jena pisotearon las tradiciones prusianas y con Bonaparte estuvieron en Arcóle, con Morat en la trinchera de Mantua y con Liones en la profunda calzada de Montebello.

Si, nuestro soldado es todavía aquel representante de la sobriedad castellana, que en la mitad del invierno se solía reparar de la inclemencia del cielo estando en la campaña rusa, con

solo el aliento de su boca; aquel soldado de la española infantería "ninguno más pobre que en la misma pobreza", porque hallábase atenido a la miseria de su paga, que venía "tarde ó nunca"; admirable soldado que—siempre con gloria—igual combatía en las abrasadas costas africanas que en el suelo cenagoso y frío de los países Bajos, en el tranquilo golfo de Lepanto que en las vertientes abruptas de las Alpujarras ó en las ricas campiñas del Franco Condado; soldado, aventurero y bullidor, pendenciero y alano de botín y de gloria, que con Cisneros y Pedro Navarro lució a Orán, con Carlos V. a Túnez, Francia y Alemania; con Hernán Cortés a Méjico; con Pizarro a Perú; a la reconquista de Flandes con Farnesio; que pasó el Rhin con Mandragón y castigó con Verdugo en el Luxemburgo las correrías de Guillermo de Nassau y ganó la batalla de Doulens con el conde de Fuentes y entró en Amiens con Tello y derrotó en Nordlingen a los suecos, guiados por los mejores discípulos de Gustavo Adolfo, mereciendo la gratitud de Alemania, que le aclamó delirante, pues le debió su libertad.

Es el mismo, si, porque la juventud sana y vigorosa que viene a las filas vive en un ambiente saturado de ese aroma de virtud cívica y de posesión íntima, evaporado, por desgracia, allí donde el espíritu nacional debiera alentar al calor de grandes sentimientos. Y porque lo respira se transforma de súbito en aquel ente "verdaderamente sublime algunas veces, siempre extraordinario", que ejecuta corrientes, mas bien que andando, marchas tenidas por imposibles; que ni el hambre debilita, ni la intemperie ni la desnudez enfrija, que entretiene cantando las más apuradas privaciones; que se embriaga de entusiasmo al ver correr su sangre propia, sobrio y valeroso soldado, soldado inmortal de virtudes militares sin tasa y sin número; resistente y furioso, ágil en las montañas y fácil a la cohesión y a la masa; que atraviesa ya la manigua como el guajiro, soportando calores horribles y fiebres abrasadoras, impávido ante las balas y casi indiferente al vómito traído que diezma las filas en esa Cuba ingrata y rebelde; cuyo suelo oculta tremenda cifra de víctimas, tantas, que si a semejanza de lo que hizo Geminio con los restos de sus legionarios en el campo de Varo, se quisiera levantar una pirámide que sirviera de tumba a los que allí sucumbieron en las pasadas luchas, faltaría tierra para elevar tan sagrado monumento.

¡Héroe é inmortal soldado! Hoy, al igual que ayer, tesoro de lealtad, de resignación, de mansedumbre, de ocultos sacrificios. ¡Oh, vosotros—dejadme que lo repita una y cien veces—los que orgullosos y satisfechos paseáis todas las tardes en magníficos trenes sin que el recuerdo del hijo ausente, con ausencia que—quién sabe si será eterna separación—venga a turbar la tranquilidad que debéis a la fortuna, acordados de las madres desoladas y del pobre soldado que por España combate y sufre; amado con afecto entrañable, consagrado al go de vuestro cuidado y de vuestro respeto, por que en esta época de decepciones es—¡por qué no decirlo!

una gran verdad y una rara afirmación.

FEDERICO DE MADARIAGA.

VUELTA ABAJO

Mis veces se las han fumado
Y no han dejado ni el cabo
UN VEGUERO.

«Después de caminar un cuarto de hora a buen paso por las verdes praderas que se extienden por las faldas de ligeras colinas y más tarde por encrespadas zonas, cuyas seculares y labradas praderas ya comienzan a revelar algo misterioso, nos encontramos en las ruinas de Numancia.

Todo era tristeza; ni el viento murmuraba, porque ya no había árboles cuyas hojas agitar; ni el caudilloso río producía ruido alguno porque se deslizaba entre sinuosas cordilleras de monte y leona admirable no vi una alonza que pisase ni un jilguero que amenizara aquel silencio con sus trinos.

La vista de aquellas sierras, de aquellos pinares que recordando los que los numantinos llamaban los Penetones, la contemplación de tantos escombros y estado de aquellos campos, fuentes de tanta riqueza y donde hoy no se escucha el ruido de la resaca, ni las voces del labrador animado a la yunta que le ayudaba a preparar sus tierras; todo este cuadro de tristeza despertó en mí el recuerdo de la brillante descripción, que con el título de «Una Hgima sobre las ruinas de Numancia», hizo el elocuente escritor Ibañeta.

Y bien merecen no solamente una Hgima las ruinas de la rica provincia de Pinar del Río, sino también una página en la historia de Cuba. En ella no se encuentra en las erguidas columnas de Pílmira un pueblo donde brillaron las artes con todo su esplendor, por eso abundan estatuas, pedestales, pórfidos etc. y porque Pompeya fue otra en donde el frusto y el placer llegaron a su colmo, por eso nos ofrece grandiosos edificios elegantes cámaras, mil señales de deleite y bauto.

Pero ¡Vuelta Abajo! la infeliz provincia de Pinar del Río, poblada en su mayoría por honrados campesinos, laboriosos vegueros, como aquellos pastores de Numancia que arrojaron el cayado y la esteva pero encerraron y batieron tras de sus mesas hoy no tan sólo se encuentran en sus campos escombros, cenizas y esqueletos de seres racionales é irracionales aglomerados é insensatos, sino también en las poblaciones destruidas, cadáveres de mujeres y niños muertos por el hambre y por el frío del más doloroso abandono.

Vuelta Abajo ha derramado tanta sangre, tantas lágrimas y allí se han visto tantos rigos de valor heroico como se vieron en esos otros tantos pueblos que cita la historia.

Las misérrimas y las necesidades han igualado a todas las cosas sociales y lo mismo se ve hoy al que ayer fué rico veguero durmiendo debajo de una carreta, como al más pobre de aquellos labradores batiendo el agua saturada de ceniza a orillas de una laguna.

Poblaciones hay como Guine donde se han reconcentrado los vecinos de Tenerife, Portales, Paso Real, Catalina y Juan Gómez, que sufren los efectos de estas aglomeraciones desahucadas de estar habituadas a respirar el aire de campo, viviendo más higiénicamente, y hoy son víctimas de las epidemias, muriendo de hambre por las dificultades de recibir convoyes, y de falta de asistencia facultativa porque tampoco tienen médicos ni boticas.

La mayoría han tenido que hacer bohíos sobre los escombros de las casas para guarecerse de una manera insuliente y esperar allí la muerte, viendo morir a sus hijos y a sus más queridos familiares en número exagerado.

El estado sanitario de la tropa no puede ser más favorable, porque es muy distinto hacer la vida de movilidad y de campo a encontrarse como se encuentran aquellas infelices familias, sin recursos para el sostenimiento de la vida y sin medios para combatir sus enfermedades.

La situación no puede ser más horrorosa y bien merecen hoy alguna protección y amparo, los que siempre ofrecieron generosa hospitalidad a los necesitados y los que han enriquecido a tantos con el sudor de su frente.

A las instituciones Cruz Roja y Círculos Hospitalarios, que hasta el presente no han podido cumplir con lo que exigen sus reglamentos, por razones de no considerarse esta insurrección ni como la guerra con los moros del Rif, ni como la última de los carlistas en la Península, se les ofrece una buena oportunidad de llenar esta sagrada misión, puesto que se trata de una calamidad pública que cubre de luto y desolación a aquellos infelices, quienes bendecirán a tan humanitarias asociaciones, agradeciendo los esfuerzos realizados por los hombres de corazón y buena voluntad.

El Correspondiente.

Vegas 5 Octubre 96.

Presipitando los acontecimientos

La situación se complica día a día. La alarma cunde por una parte, acumulando sobre las dificultades reales del presente los temores que inspira el porvenir; los habitantes laboriosos y pacíficos de la campaña abandonan por centenares el país, que pierde así sus mejores elementos de trabajo y producción, huyendo del fantasma amenazante de las lavas; la desconfianza y la zozobra han sentido sus reales en la misma capital de la República donde los ecos revolucionarios crecen de un modo igual y progresivo, cuando el rumor de una tempestad que se acerca; el aire está espesándose y haciéndose irrefragable por momentos, y una agitación extraña hierve en todas partes elevando la temperatura moral a un grado que excede ya a la fuerza de sufrimiento de la organización humana.—Por otra parte, el gobierno, divorciado hace tiempo de la opinión pública, se ha declarado francamente su enemigo y, sometido a estas voces amenazadoras, que surgen del fondo mismo, da

